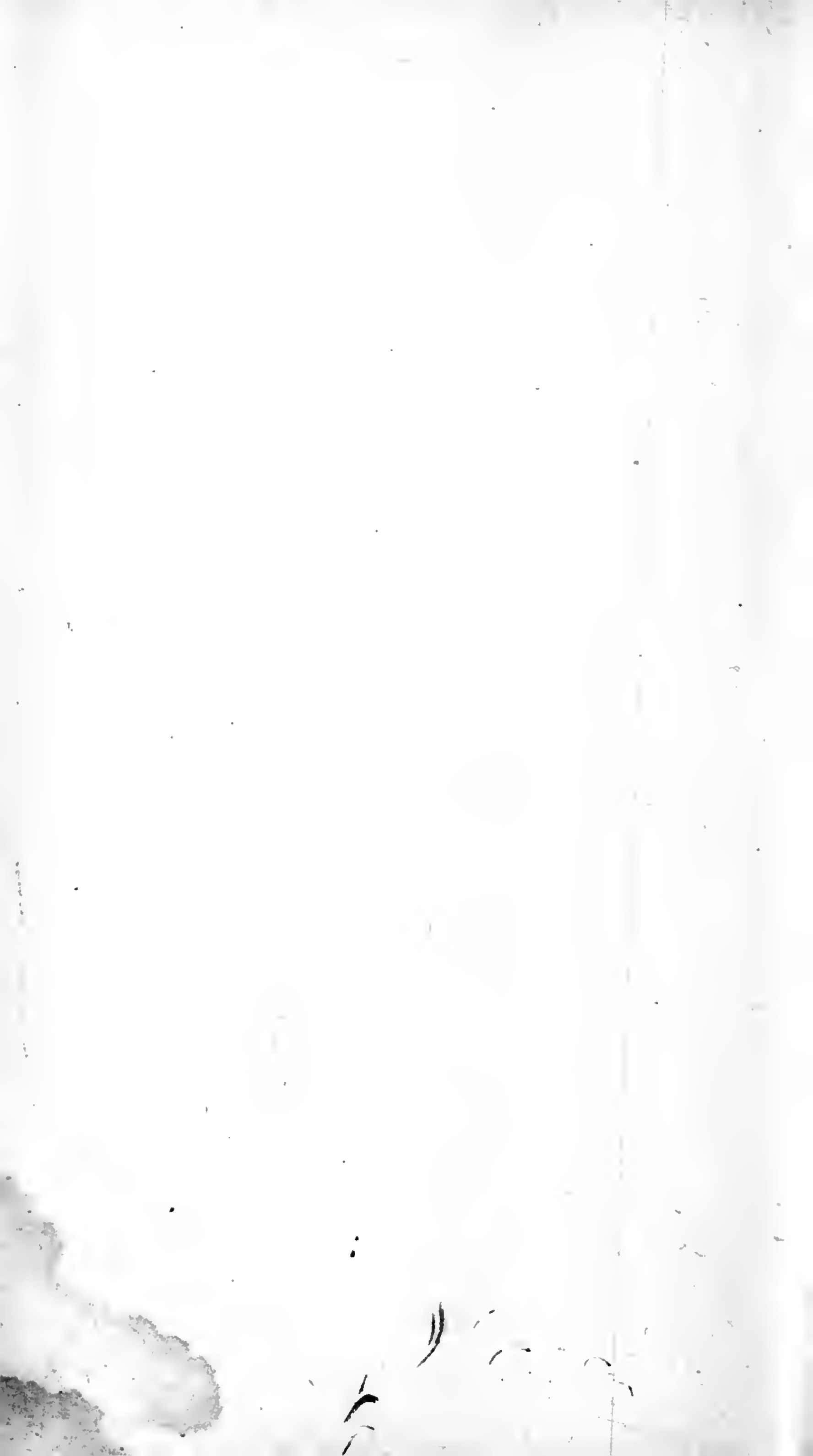
EL DESENCANTO DE DULCINEA

POR EFREN REBOLLEDO



EL DESENCANTO DE DULCINEA



EFREN REBOLLEDO

El Desencanto de Dulcinea

All art is quite useless
OSCAR WILDE

MEXICO
IMPRENTA DE J. BALLESCÁ
3A. DE REGINA, 88
1916

DEL MISMO AUTOR:

LIBRO DE LOCO AMOR (Poesías).

EL DESENCANTO DE DULCINEA

Don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura. émulo de los Rolandos y de los Amadises, flor y espejo de la Caballería Andante, se moría sin remedio causando la desesperación de su ama y de su sobrina.

Ni los discursos del Cura; ni los dichos de Maese Nicolás, el Barbero; ni los donaires del Bachiller Sansón Carrasco; ni las mismísimas gracias de Sancho Panza que no se apartaba de su cabecera lo movían a despegar los labios. El caso era muy extraño, porque como decía atinadamente el mé-

dico del pueblo, Don Quijote no padecía de ninguna enfermedad, sino espiraba consumido por la melancolía y los desabrimientos.

Mudo, escuálido, enmagrecido, cubierto con una montera verde, incorporado sobre las albeantes almohadas del exiguo lecho, estrujando a porfía el grueso cobertor con las acartonadas manos como si quisiera aferrarse a la muerte, Don Quijote no era ni el remedo del bizarro paladín que después de encomendarse a Dulcinea, con la lanza en ristre y dando de espuelas a Rocinante, embestía ejércitos, provocaba leones y batallaba con vestiglos.

No lo abatía la derrota que recibió en la playa de Barcelona donde contendió en singular combate con el garrido caballero de la Blanca Luna, pues la guisa en que se comportó cuando ocurrió ese nefasto suceso lo

acreditaba como el más valeroso de los adalides. Ni lo despechaba la condición que le impuso su vencedor de no acometer ninguna aventura antes de transcurrido el plazo de un año, porque aunque sus armas eran sus arreos y el pelear su descanso, había dado su consentimiento con entera libertad y debía sostener su palabra empeñada conforme al Código de Caballería. Ni lo atormentaba el haber sido hollado por una piara de cerdos, calamidad que con justicia sólo provocaba su desprecio. La razón debía ser muy distinta, y sabiendo la devoción que Don Quijote profesaba a Dulcinea, está averiguada la causa de su dolencia.

—No sabes, le dijo un día a Sancho con cavernosa voz, cuánto me extraña que Dulcinea no haya vuelto a su prístino estado, no obstante la profe-

cía que oímos de los labios de la Cabeza Encantada en casa de Don Antonio Moreno, y de haberte dado tú los tres mil y trescientos azotes necesarios para su desencanto según el sabio Merlín. Más feliz fué la desenvuelta Altisidora, pues resucitó después de que hubiste recibido las mamonas y pellizcos que te propinó la gente del Duque.

—No me recuerde vuesa merced esa aventura, por decir algo repuso Sancho, que acusado por su delito no acertaba dónde poner los ojos, sabiendo que a pesar de haber regateado con sórdida avaricia los azotes de que dependía el desencanto de Dulcinea y por consiguiente la ventura de su señor Don Quijote, no había vapulado su carne plebeya sino la dura corteza de las hayas insensibles.

—Mísero de mí, continuó Don Qui-

jote, he amparado a huérfanos, asistido a viudas y libertado a galeotes, con quien no me ligaba otra obligación que la de ser ellos afligidos y yo caballero andante, y no puedo auxiliar a Dulcinea, que siendo princesa se encuentra convertida en zafia campesina por las artes de mis enemigos los encantadores. Si mi mala suerte no me quitara el privilegio de acudir en su auxilio, yo te juro, Sancho, que habría sobrepujado las hazañas de Lanzarote y obscurecido las proezas de Tristán. La habría arrancado de los propios brazos de la muerte como Hércules a la desventurada Alcestes, y habría ido al Orco mismo, como descendió a buscar a Eurídice el enamorado Orfeo.

Después de haber proferido así sus cuitas, Don Quijote tornó a encastillarse en su silencio, acabando por

perder el juicio, de tal manera lo preocupó el encanto de Dulcinea.

Comenzó por trocar su patricio nombre de Don Quijote de la Mancha por el plebeyo de Alonso Quijada, y dió en el tema de que estaba cuerdo. Después del desastre de Barcelona había sido su propósito dedicarse a la vida pastoril, ya que el pacto celebrado con su vencedor lo apartaba durante un año del ejercicio de las armas. Seducido por el proyecto, el entusiasta Bachiller ya había comprado dos mastines para la guarda de los rebaños. En su desvarío, Don Quijote calificaba de devaneos no solamente los sencillos pasatiempos campestres sino todas las proezas de su gloriosa vida de aventuras. Así lo declaró a su ama y a su sobrina, al licenciado y al barbero, abjurando en presencia de todos de su profesión de

caballero andante y abominando de los libros de caballerías. Confesóse con el Cura, y llamando al escribano hizo testamento en favor de su sobrina, desheredándola si casaba con caballero andante. No se olvidó de su ama ni de Sancho, a quien diputó el más bueno de los hombres y el más fiel de los servidores.

El Cura y el Barbero, compadecidos de su estado, lo dejaron cometer todas estas sandeces.

Cuando Sancho oyó de boca de Sansón Carrasco acerca de la manda con que lo había favorecido Don Quijote y de las inmerecidas alabanzas que le había prodigado, se avergonzó de su proceder, y acosado por el remordimiento fué a confesarle a su amo el embuste de los azotes y pedirle perdón de su bellaquería.

—Perdóneme vuesa merced mi

ruindad, prorrumpió arrodillándose a la vera del lecho, no me he dado un solo azote de los tres mil y doscientos noventa y cinco por los que me cobré ochocientos y veinticinco reales; pero juro por la salud de mi hija Sanchica que ahora mismo voy a saldar esta deuda que le debo a vuesa merced.

Afortunadamente para no aumentar la amargura de su trance con la prueba de la traición de su escudero no oyó a Sancho Don Quijote. Cadavérico, estertoroso, con la frente bañada de sudor y arrojando espuma por la boca, se moría encomendándose a su señora Dulcinea.

En cuanto Sancho se percató del estado de su señor, no perdió el tiempo en verter lágrimas estériles. Animado de súbita resolución tomó el camino de su casa y requiriendo el

zurriago con que avivaba al rucio, flageló sus desnudeces, contando los azotes con el mismo cuidado que si hubieran sido relucientes escudos.

No bien había caído en la cama postrado por la fiebre que le produjo el vapuleo, cuando, ¡oh milagro del sacrificio y portento de la misericordia! su hija le anunció la llegada de una señora muy principal, que no podía ser sino duquesa.

Dulcinea,—pues era ella,—brillando como un ascua de oro, y adornada con sartas de perlas, con diamantes y con rubíes, ayudada por uno de los pajes de su séquito se apeó de su hacanea blanca como la nieve, y avanzó a dar las gracias al generoso escudero.

—Déjese mi señora de ceremonias, atajó Sancho, y vamos a ver a mi señor que ya no querrá morirse en

cuanto columbre al sol de la hermosura y fuerza de su brazo.

Cuando apareció Dulcinea en presencia de su caballero, la muerte pugnaba por estrangularlo con sus férreas falanges; pero así como los ojos ya opacos de Don Quijote vislumbraron a su señora, cobró su acostumbrado denuedo, y desprendiéndose de los brazos de su feroz adversario, gritó con furibundo acento:

—Detente follón y mal nacido caballero, que ya pagarás con la vida la felonía de acechar en la sombra y atacar a mansalva a tus enemigos. Ea, Sancho, acércame mis armas, tráeme mi lanza, pásame el yelmo de Mambrino y enjaeza a Rocinante.

Como si hubiera oído las voces de su amo, el noble animal respondió desde la cuadra con animoso relincho.

La Muerte que no estaba acostum-

brada a acometer a sus víctimas en singular combate, se levantó mohina y crugiéndole los huesos de espanto.

Ya están enfrente los dos campeones: Don Quijote con la lanza en ristre, encomendándose a Dulcinea y rigiendo a Rocinante; la Muerte en alto la guadaña terrible y teniendo las bridas de su caballo pálido. Ya hacen caracolear sus corceles y se salen al encuentro en desaforada carrera. Dulcinea tiembla por la suerte de su caballero, grita la gente de su séquito, el ama y la sobrina se desmayan y Sancho Panza trasuda de terror. En la embestida, la Muerte da consigo en el suelo, y obligada por Don Quijote que descabalga apresuradamente se rinde, jura no sacrificar de allí en adelante más víctimas indefensas y promete rendir parias a Dulcinea. En balde le grita Sancho a su señor que remate al ven-

cido y que no crea en sus promesas que serán tan vanas como las del vizcaíno y las del villano. Don Quijote, magnánimo como siempre, no aprieta la hoja de su estoque, y nada más obliga a la Muerte que le dé su palabra de cumplir con lo estipulado conforme a las leyes de la Caballería Andante.

Así como Dulcinea recibió los homenajes de la Muerte que se alejó con gran alivio de Sancho, Don Quijote, quitándose el yelmo de Mambrino, le habló en la siguiente guisa a la castellana del Toboso:

—Gracias te doy, soberana Señora, por haberte mostrado ante mis ojos que iban a cerrarse para siempre, en todo el esplendor de tu hermosura y, por haberme dado fuerzas para consumar esta sin igual hazaña. Déjame que te diga que tú has sido siempre el norte de mis pensamientos, el pá-

bulo de mis esperanzas y el sostén de mi vida. Hazme saber cuál es tu voluntad para servirte y no me creas indigno de postrarme a tus plantas.

La incomparable Dulcinea, en respuesta, lo levantó del suelo y puso en los labios marchitos del caballero de la Mancha los rojos suyos, perfumados como el ámbar.

—Vamos, Sancho, exclamó Don Quijote, llama al Licenciado, al Bachiller y a Maese Nicolás para contarles que he recobrado el juicio, que ño soy más Alonso Quijada, sino Don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Muerte, y que se apresten a emprender nuestra vida pastoril que he de llevar mientras se vence el plazo de un año que le prometí al Caballero de la Blanca Luna.

Don Quijote, Dulcinea, Sancho Panza, el Cura, el Barbero y el Ba-

chiller, vueltos pastores, pasaron días muy dichosos cuidando sus rebaños y traduciendo en églogas sus amores; pero fenecido un año, no obstante los ruegos de Dulcinea, Don Quijote volvió a montar en Rocinante, y en compañía de su fiel escudero Sancho Panza, prosiguió su vida de aventuras desfaciendo agravios, enderezando entuertos, defendiendo a doncellas, auxiliando pueblos y socorriendo naciones.

En una ocasión, comandando la vanguardia de Washington, con el título de Marqués de Lafayette combatió por la independencia de los Estados Unidos; otra vez, asumiendo el aspecto de Bolívar, quebrantó las cadenas de cinco naciones; bajo el bello continente de Lord Byron, dejó en su palacio de Venecia su lira de oro y su corona de laurel por ir a pelear en pro de la emancipación de los des-

cendientes de Homero y de Leónidas; disfrazado de Luis Napoleón, quebró lanzas con Austria-Hungría en defensa de Italia; encarnó en Zola que proclamó la inocencia de Dreyfus desafiando la furia de un pueblo ofuscado por la pasión, y fué Nicolás II que pidió el desarme universal y colocó la primera piedra del Templo de la Paz en el Haya.

Dulcinea, vestida con telas de oro y sirgo tejidas por las ninfas del Tajo, se pasea en las lonjas de su castillo tapizado con alfombras de Persia, o en sus aposentos rodeada de sus damas de Honor, ora ensarta perlas orientales; ora borda alguna curiosa divisa para el hazañoso Manchego; ya inspira a los artistas con su belleza; ya prodiga a los desventurados la dulzura de su corazón de oro y de piedras preciosas.

POR LOS OJOS

En mis viajes por el país del Ensueño, me he demorado a la orilla de los mares de los ojos verdes; me he asomado al borde de los abismos de los negros, y levantando la mirada, la he perdido en los azules como en las profundidades de los cielos.

Las pupilas de los ojos negros semejan luciérnagas brillando en la obscuridad. Lucen las de los verdes como los reflejos de los astros en una cisterna. Parecen las de los azules dos cirios dentro de dos espirales de incienso.

En los ojos florecen los más extraños jardines; las hojas con todos sus variados matices, las violetas, las crisantemas y los asfodelos.

Miro absorto los iris misteriosos y vuela mi pensamiento a la helada Thulé, a la ardiente España, al maravilloso Estambul.

Suntuosidades de las esmeraldas engarzadas en oro fino; deslumbramiento de los topacios hechos con rayos de sol cuajados; duelo de los azabaches y de las obsidianas; luces de las amatistas en las sombras de las liturgias, yo os he admirado explorando los arcones profundos de los ojos.

Los he visto llorar cuando están tristes. Si los negros lloran el llanto corre por las mejillas morenas en diamantes cristalizados; los verdes vierten lágrimas como gotas de rocío; los

castaños se me antoja que manan ámbar y en cuanto a los azules estoy seguro que destilan perlas.

¡Virgen encantadora! ¡Qué claros son tus ojos y que cándida tu frente! Tu frente es muy blanca y tus ojos muy verdes, y juntos me parecen tu frente la paloma y tus ojos las hojas de oliva que envía Dios a mi esperanza. Cuando me ves, Greschen, el iris de tus ojos se torna tan azul y misterioso como las distantes montañas. Si pierdo mi mirada en la tuya, Magdalena, distingo un trigal que tuesta el mediodía y suavemente balancea la brisa. A tus ojos negros, Zulema, me asomo, como a dos estanques guarnecidos de lirios.

La voluptuosidad, el orgullo, la dulzura, el vértigo, todo bulle en vuestras profundidades.

Sois la esperanza, evocais la ilusión,

sugerís la tristeza, vestís de luto. Sois todos los placeres y todas las amarguras.

Algunas veces que os he sondeado largamente os he robado algunos secretos. En vosotros, verdes transparentes, he vislumbrado todas las riquezas de los mares: caricias como algas aterciopeladas; ansias ávidas como esponjas; lujurias rojas como corales; perlas voluptuosas. Explorando vuestro éter, azules soñadores, he visto arder el sol, palidecer la luna y titilar la estrella de la tarde, la polar y todas las constelaciones luminosas. En vuestra selva, ¡oh garzos! he contemplado las áureas naranjas de las Hespérides, las manzanas incitantes del Edén, las lascivias esperezándose negligentemente como nerviosas panteras y las concupiscencias ataraceando mi carne como tigres feroces. Hur-

gando en vuestras tinieblas, negros impenetrables, oigo allá en el fondo del abismo despeñarse un torrente y adivino en sus linfas espumas furiosas y cabrilleos fosforescentes.

En ocasiones me recordais la Edad Media. La nobleza orgullosa de las castellanas, las torres altivas, las ventanas de colores, y revivo en vuestro brillo el simbolismo de los esmaltes y de los metales. El oro que simboliza las altas virtudes; la plata luciente de las escleróticas que testifica el candor; el celestial azur que reproduce la inocencia; el aristocrático sinople que resume el valor; el sable triste que en los blasones de los caballeros significa el disgusto de la vida.

Vosotros me habeis hecho conocer todos los excitantes: el jubiloso champagne, el café concentrado que atiranta los nervios; el humo fragante

del tabaco que inspira sueños hermosos.

Por vosotros he entrevisto los vicios, he presentido los crímenes más atroces y me he sacudido a impulso de avasalladoras pasiones. Ante los ojos verdes de áureos matices he sentido la agonía de los jugadores; el oro de los garzos me ha hecho experimentar los gozos de los avaros; los negros me han aconsejado la sombría traición y los celos tenebrosos; los azules me han enseñado la virtud.

Sois volubles y engañosos como vuestros dueños, ojos inquietantes. Vosotros, verdes, ¿no sois pérfidos, y en ocasiones no mostráis reflejos azules como el mar que es vuestro espejo? Vosotros, negros, ¿no os sabeis rayar de relámpagos verdioscuros? ¿No os ensombrecéis acaso, garzos, cubriéndoos de tinieblas? Azules, ¿no

como el cielo os doráis o palideceis o amenazais con nubes tempestuosas?

Y yo os adoro a todos, ojos sojuzgadores. Tras las pestañas como hebras de oro o como hilos de ébano yo me extasío ante vuestras claridades; exulto con vuestros ortos y me entristezco con vuestros ocasos; amo vuestras ojeras que os rodean como aureolas de mártires; bendigo vuestros párpados que en el placer os cubren como velos bienhechores; admiro vuestras cejas de ámbar o de crespón que os adornan como guirnaldas invertidas. Vosotros sois mis Señores y yo vuestro esclavo, porque desde que os claváis en mí, llevo vuestra mirada, verde o azul, o dorada o negra, como una flecha luminosa en mi corazón.

LA CABELLERA

FRENTE a su ventana y de cara al ocaso escribe el poeta. Llena los lustrosos pliegos de versos rotundos y cincelados, y los tupidos renglones de tinta negra, alineados como las rayas de una pauta dejan adivinar estremecimientos armoniosos. A cada idea brillante, a cada sentimiento generoso se ilumina o se sacude, y la idea y el sentimiento, después de palpitar en la pluma caen sobre el papel como una gota de sangre de su corazón o como un rayo de luz de su cerebro.

El poeta siente más que todos: sus

nervios son muy sonoros y muy sensibles, y el dolor como el placer arrancan de ellos como de melodioso violín notas de inmensa angustia o acordes de soberana dicha. Todos los deleites del amor, todas las ansias de la juventud, todas las miserias y todas las podredumbres los sabe esculpir en el mármol de la lengua, donde los deja inmovilizados y perpetuados como una Venus de voluptuosa actitud, o una Psiquis celestial o un desesperado Laocoonte.

Por la ventana abierta entra el martirio del crepúsculo: el crepúsculo que parece la sonrisa de un cadáver y como una lápida de dolor pesa sobre el pecho. El sol redondo y sangriento se hunde, el viento tiembla y los templos alzan los brazos desolados de sus torres quejándose en la voz de sus campanas. Las mujeres en los

balcones sueñan y dejan caer afuera sus cabellos como pabellones de luto.

Aquella pesadumbre en el ánimo del poeta se agranda. Siente asfixiarse en su cuarto y sale a divagar su pena por las calles. Se pierde en los barrios de la ciudad; se topa con los limosneros, con los trabajadores, con las meretrices; examina de cerca toda la infelicidad, toda la desesperación, y rebosante de amargura piensa en la Patria que reproducirá indefinidamente el tipo de esos miserables.

Ansía olvidar, anhela huír de las blasfemias y de los gemidos y entra en una cantina. Allí bebe, bebe insensatamente, y el prestigioso alcohol prende en su cerebro todas los candelabros de Santa Sofía. Enardecido por su embriaguez divina ve irisarse su sueño en el ópalo del ajenjo, mira surgir su esperanza del esmeralda de

la menta, sonríe a su ilusión bellísima tras el velo de oro del coñac, se siente lleno de placidez bebiendo cerveza y otra vez se pone triste besando a Loreley en el vino del Rhin.

Más tentador que el ruido de una orgía, más sugestivo que la música, al llegar a una esquina oye un sonido argentino y vibrante de moneda.

Entró a jugar.

En medio de la deslumbrante claridad, vió agrupados en torno de una mesa, como en un festín, a los jugadores: pálidos, absortos, desesperados; estos con la mirada extinta; aquellos furiosos; los talládores impasibles e indiferentes, como verdugos.

¡Oh la fiebre vertiginosa del juego! Él la padeció, lo abrasó, lo transfiguró. Más que todos los licores embriagó sus sentidos e inflamó su cerebro. El implacable vicio restiraba hasta el

tormento sus sobreexcitados nervios y a cada golpe de ganancia o de pérdida vibraba histéricamente su organismo. Allí estaba el demonio del Juego atizando la codicia que se apagaba; sosteniendo la esperanza que desfallecía; atormentando a todos aquellos condenados con el filo de sus Espadas agudísimas; brindándoles como un filtro de locura el vino de sus Copas desbordantes; fascinando a los que vacilaban con el brillo de sus Oros irresistibles; moliendo las espaldas de todos con sus Bastos truculentos.

Cuando el poeta perdió su última moneda se levantó.

¿En donde ahogaría su disgusto? Aquella náusea de la vida que le salía desde lo más hondo de su sér, ¿con qué manjar sabroso la desvanecería? ¿En donde estaba la fuente de agua

clara para apagar su sed? La infinita misericordia que sentía por el infortunio, ¿de qué servía a los desventurados? Si tuviera fe . . .

Se encaminó a la casa de su amada que todas las noches lo esperaba en el balcón, y antes de llegar distinguió flotando su cabellera como un signo trágico. Parecía el vuelo pavoroso de un cuervo; se asemejaba a la bandera de un navío que se hunde; quién sabe qué de inmensamente triste y desoladamente lúgubre columbraba en sus marejadas turbulentas.

Subió al balcón junto a la amiga tentadora. La cabellera lo atraía y lo horrorizaba a la vez como poderoso imán; la acariciaba; jugaba con ella; la extendía sobre la marmórea espalda; la dejaba correr como un río, como un río tenebroso y de aguas encantadas; cual si fueran flores, comen-

zó a deshojar sobre ella sus sueños que flotaban y se hundían en la cascada de ébano; ante aquella corriente bituminosa, de ondas crespas y frías, pensó en la barca de Aqueronte cargada con los infelices que se encaminan al infierno.

Se dirigió al lecho.

Quería ahogar en una noche tempestuosa de locura y de amor su desesperación; deseaba entorpecer su cerebro y cansar sus sentidos en la voluptuosidad. Bebió las miradas fascinadoras como un tósigo de cantáridas; besó la carne de la Anadyomena pulida y todavía con el sabor salado del agua del mar; apuró en la copa de Alejandría de la boca jugosa el falerno de la lujuria.

El alba lo despertó. Su amada, pálida como la luz que entraba por la vidriera, dormía profundamente: en

sus mejillas había cadáveres de rosas y en sus ojos natividades de violetas. Aquella mujer, blanca como una estatua, de líneas armoniosas como un ritmo, perfecta como un verso, lo había hecho olvidar; pero, ¿qué sentimiento nuevo le había hecho conocer? ¿qué fuerza generosa le había transmitido? Había ahuyentado sus ideas malsanas, pero, ¿cuáles otras, bellas o redentoras, le había sugerido? Ninguna.

Aquel reposo era la laxitud del organismo. Su sueño sin pesadillas y sin sobresalto era obra solo del cansancio físico. En torno de la cabeza de su amada vió la cabellera, la fatídica cabellera undosa y desordenada como un bosque enmarañado por los tigres. Hundió los dedos en el toisón luctuoso; lo ordenó; abrió las largas hebras de ébano enredadas; extendió

el obscuro terciopelo sobre los hombros de nieve; dejó desbordarse el torrente de lava; distinguió al través de su negrura los senos como dos globos de alabastro.

¡Si se pudiera ahogar en aquellas aguas! La lujuriante cabellera se torció entre sus manos hábiles; se enroscó como una víbora; le dió miedo; la volvió a torcer; la desplegó como un manto; la sacudió como el follaje de un sauce; la retorció de nuevo, y de nuevo se le figuró una víbora; la estiró; así se asemejó a una soga; se la enredó en el cuello horrorizado pensando en las ondas pérfidas, imaginando una presión invencible, mirando la horca.

Y, ¿por qué no? ¿Que era para él la vida? Un martirio, una bebida amarga, la cicuta apurada gota a gota. El único instrumento de placer que ha-

bía encontrado era aquella lira viva, que había vibrado de amor bajo su mano vencedora; pero si se rompía mañana, ¿qué haría?

En sus manos se retorcía la cabellera siniestra, lóbrega, tentadora. Entreabrióse la boca de la bella amante dormida; temió que despertara, y ese temor lo decidió. Anudó la cabellera en torno de su cuello, y la apretó, la apretó furiosamente hasta estrangularse con la cuerda de azabache.

EL SOLILOQUIO DEL ESPEJO

Mi alma es la luz, sin la luz yo no sería. ¿Qué es sin el alma el cuerpo? Materia sin vida, cadáver, substancia inerte. Y de igual modo que el espíritu es causa del sufrimiento en los séres vivos, la luz que es mi espíritu es el origen de mi atormentada vida. Soy una víctima de la luz.

No digo el hombre, el animal más mezquino, el insecto más vil, pueden evitar el dolor; pues o están provistos de armas para la lucha, o disponen de una coraza para la defensa o cuentan con instrumentos para la fu-

ga. Yo carezco de todo; de armas, de coraza, y no soy dueño ni de mover mi cuerpo.

Como el infeliz loco dentro de la camisa de fuerza, yo estoy sujeto en el marco que me maniata. Semejante al mísero ajusticiado que pende de infamante horca, cuelgo yo de fija escarpia; pero sin recibir la súbita y bendita liberación, sino agonizando lenta y perennemente.

Soy un paralítico de cuyos miembros ha huído la vida refugiándose en sus ojos donde brilla con persistente y desesperada intensidad. Un mudo que piensa con lucidez y cuyo único recurso de expresión es la mirada. Además, no me dejan tranquilo, sino que me persiguen, me vejan, me arrebatan mi voluntad forzándome a reproducir lo que me ordenan. Soy ludibrio del que se coloca delan-

te de mí, como el hipnotizado d hipnotizador.

Toda mi vida reside en mi mirada. Y bien, no hay ojos que no descansen, no hay ojos que no reposen, todos los ojos se cierran. A mí no se me concede tregua; yo permanezco siempre vigilante, siempre atento, sin gozar nunca del alivio de un parpadeo. ¿Se puede imaginar un terror más grande que unos ojos siempre abiertos, hasta de noche, hasta cuando están dormidos? Los ojos al menos pueden volverse adonde les place, apartar la vista de lo que les disgusta. Yo estoy condenado a ver siempre, siempre, siempre.

No soy por lo menos hijo de la naturaleza, soy una falsificación, una superchería. Soy una copia mal sacada, un burdo y desmañado remedo de un original que se me antoja es una

fuente o un río que reflejan las frondas y las nubes, las estrellas y el cielo azul, y aljofaran las adorantes cabelleras de las ninfas y ciñen sus formas cándidas, y no son paralíticos ni mudos, sino cantan, corren y prorrumpen en sollozos.

Soy hijo del artificio y mi cruel padre aumenta mi tortura reanimando mi espíritu por manera artificiosa también, transfundiéndome nueva vida con los destellos que lanzan las temblorosas llamas de las bujías o el sutil cabello incandescente de las lámparas eléctricas.

Alguien querrá argüir que en ocasiones experimento el placer de reflejar caras bellas; que debo de deleitarme viendo despeñarse cascadas de perfumados cabellos; que tengo que iluminarme de regocijo contemplándome en hechiceros ojos; que he de

exultar mirando formas divinas; pero este es el más grande de los errores. El privilegio de la belleza es despertar el amor, y como la que se descubre ante mí no es la belleza tranquila de los mármoles sino belleza palpitante de vida que provoca el deseo, me convierte en el sér más desdichado. ¿Qué es la angustia de Tántalo si con la mía se compara? ¿Cómo alcanzar el fruto que apetezco si soy incapaz de moverme? ¿Cómo rogar si soy afásico? ¿Cómo dejar de ver si me es imposible desviar mi vista?

Porque nadie osará negar que el amor ha menester del contacto para comunicarse con el sér amado; para satisfacerse y realizarse. Le es necesaria la caricia, lo completa el beso, lo consuma el abrazo. Yo soy el único amante a quien le está vedada toda esperanza; el único a quien

no le es dable tocar la fimbria de la mujer que anhela, siendo tan miserable que me muero de envidia por cualquier objeto que no tiene alma y por consecuencia no sabe sufrir ni paladear la voluptuosidad ni el deleite. Me cambiaría gustoso por una alfombra, por un anillo, por una liga, y cuenta que no menciono a las venturosas sábanas.

Todo sér que alienta un espíritu tiene derecho a morir, y, o lo ejercita, o la próvida naturaleza le proporciona pronto o tarde ese infinito consuelo. A mí, debido a mi parálisis, no me queda el recurso de suicidarme, de hacerme trizas, de volverme añicos, sino estoy condenado a vivir luengos y dolorosos años y hasta inacabables siglos.

Pero como todo sér que el dolor tortura poseo una grandeza digna del

más elevado espíritu: que soy sincero, que siempre y en todas ocasiones digo la verdad. Inmóvil y todo, soy superior a la lisonja; estoy más alto que la adulación; soy incorruptible; encarno el símbolo de la justicia; pero no de la que comete entuertos y tergiversa razones como esos espejos espurios de caras convexas o cóncavas que deforman las imágenes; yo soy insobornable, soy terso; este es mi orgullo que me coloca por encima de muchos, ¡oh! sí, de muchos, de innumerables hombres.

LA PROCESION DE LAS OLAS

Estoy recodado en el pretil del muelle. Sobre mi cabeza extiéndese el toldo del cielo velado a trechos por densas nubes y tachonado en los claros de estrellas titiladoras.

A lo largo de la playa brillan en confuso desorden las luces del caserío del puerto, y surto a corta distancia se esfuma la silueta de un buque, cuya iluminación realza la inmensidad negra del Pacífico.

A mis pies chapaletea sin cesar el agua y en la orilla revienta la resaca deshilándose en espumas.

El mar suspira.

Sí, este monstruo negro cuya cólera aterra a los marinos más intrépidos ha desfruncido el ceño, y amainando sus iras se esfuerza por ser tierno; exhala de su enorme pecho membrudo dulces quejas y dolientes gemidos.

En torno mío la superficie del océano apenas pierde su tersura. Las olas, imperceptibles, imitan los pliegues de una tela de raso donde el collar de luces eléctricas del muelle riela. No han avanzado sino un paso y se yerguen amenazadoras. Un poco más adelante se truecan en pequeños alcores verdes, rematados por blancas crestas de riscos.

Allá distingo un grupo de olas. Vienen garruleando como chiquillas, y luego de desgranar collares de risa, desaparecen, olvidando en la arena sus conchas color de rosa. Pero ya se adelanta un corrillo como de zagalas

atareadas trayendo en las manos azafates de vasos de Venecia, las cuales tropiezan a su arribo escabulléndose entre ruidoso rumor de cristalería rota. Otras extienden al llegar su cargamento de encajes de Bruselas. Aquellas se abalanzan en carrozas de esmeralda de las que tiran caballos árabes de rizadas crines de armiño.

Ya vuelven, acuden de nuevo, retornan otra vez. Pero no, esas que se aproximan no son las mismas. Vienen como balando; es un nevado rebaño de ovejas. Estotras que se anuncian con coruscamientos de seda, con haldeos de damas elegantes que marchan de prisa recogiéndose el vestido, son unas marquesas que a su llegada se despojan de sus albas pellizas. Esotras que las siguen son unas manolas que llevan terciados sus verdes

mantones de Manila de largos flecos de seda.

Estoy solo.

En toda la longitud del muelle no hay ningún sér que vague, ningún trabajador que repose de bruces en el suelo o sentado en alguno de los carros abandonados sobre los rieles.

El piso retiembla cada vez que el mar arremete contra la armazón de hierro. En la playa despedázase la resaca semejante a cuitado pecho que estallara en sollozos. Un toldo de negras nubes tapa las dulces pupilas de las estrellas. La tristeza se clava en mi corazón como si fuera una daga aguda.

Pero lo mismo que en tu espejo, ya ríe en mi recuerdo tu adorada imagen; ya mi memoria como un hada buena te trasportó a mi lado; ya tu alegría disipó mis sombras; ya estoy

contento; ya me regocijaron tus risas, mi sonajita preciosa, mi cascabelito de oro.

El murmurio del agua bajo mis pies no cesa; continúa el desfilar de olas. Vienen unas en pos de otras empujándose. Aquella que se extiende como una red de plata trae en sus mallas peces dorados; esa negra, que trata de confundirse entre las demás, tal vez se oculta porque acaba de estrechar con sus fríos brazos el cuello de un náufrago; esa pequeña y cristalina que pasa es un alhajero de cristal donde brillan diamantes esplendorosos porque la vieron desde la cubierta de un buque dos tiernos enamorados.

Ya no estoy solo; todo lo que imagino se me figura que te lo digo; cuando vuelvo a verte haces como de costumbre un delicioso mohín en que

pliegas, sonriéndote, tus purpurinos labios, y me escondes el languor de tus amados ojos, más míos cuando me los niegas.

ENVIO

Y como esa ola, la más grande, la más impetuosa de todas que se acerca dando saltos precipitados, un deseo infinito se levanta en mi pecho que por tí late: el de ser como el mar, tan grande y poderoso como lo es el mar, y que todos mis anhelos y todos mis pensamientos y todos mis sueños, que acuden desde lo más remoto de mi existencia y surgen desde lo más profundo de mi corazón, como las olas vienen desde las más distantes lejanías del horizonte y se yerguen de las más hondas simas, se acercaran hacia tí empujándose presurosos, y te

dieran todas mis ilusiones, todos mis respetos, todos mis ruegos, como las olas regalan a la tierra todos sus frágiles cristales y todas sus conchas color de rosa, y que a semejanza de las olas que arriban en sus carrozas de esmeralda tiradas por blancos caballos árabes de largas crines de armiño, corriendo en tumultuoso tropel por llegar a la orilla, todas mis ansiasgalopaTon haciatí, comobriosos bridones que corren, empapados de espuma los nobles encuentros, y que lo mismo que las olas se aproximan con musitaciones de plegarias, con músicas de besos, con explosiones de sollozos, siempre apresurándose hacia la playa y siempre alejándose de nuevo sin desmayar nunca, así fuera yo hacia tí, a enternecerte con mis súplicas, y me retirara porque te encontrase indiferente, y retornara otra vez con nuevos ruegos,

y retrocediera llorando porque te hallara desdeñosa, e incansable como el vaivén armonioso de las olas, nunca dejara de acariciarte y de ceñirte y de besarte y de cantarte, tendiendo hacia tí mis brazos, y ofreciéndote el tesoro inagotable de mis esperanzas, de mis adoraciones, de mis suspiros y mis lágrimas.

NOCTURNO

Después del día de lumbre y de fiebre la noche de lino y de calma. En pos de la garrulería estridente de las cigarras, el reposo aterciopelado del silencio.

Es preciso haber sido caldeado por las llamaradas de la siesta para deleitarse con la caricia de los frescos anocheceres, y haber sentido el rigor de los soles de agosto para apreciar la clemencia de las lunas de estío.

Dulce como una amante es la noche de seda y de plata.

Apenas el ascua solar se hunde en el horizonte caliginoso, la muchedumbre trajeada de ligeros *kimonos* desam-

para sus casas de papiro, y congregándose a lo largo de las regadas aceras bebe con avidez la brisa impregnada de sal de las ondas azules y de resinas de los verdes pinares, o contempla embebecida la luna que luce como una perla en el azul satín del espacio.

En la feria bulliciosa que se celebra en la vecindad del templo shintoísta, la gleba olvida los afanes del día, y discurriendo regocijadamente de uno a otro cabo de la calle guarnecida de linternas, cuál regatea un grillo que estridula en su jaula de primores de filigrana; cuál se detiene ante las luciérnagas que destellan en sus diminutas cajas de vidrio; quién se demora ante los globos de cristal donde brillan pequeños peces de colores de sardónica; quién examina con ojos de conocedor los pinos enanos y añosos de ramas retortijadas.

En los jardines de pecado del Yoshivara, rameras que se antojan orquídeas de extravagantes matices atraen a los transeuntes arrojándoles sus largas pipas de bambú o los requieren con amorosos reclamos. En los estanques sembrados de lotos de los parques de cedros croan sin tregua las ranas pusilánimes elevando los brazos hacia la luna inaccesible. De codos en los pretiles de los puentes se recortan figuras inmóviles seducidas por el frescor y los reflejos de los canales dormidos.

De raro en raro percibo, en medio de la hipnosis profunda en que se encuentra sumergida la naturaleza, ora los crótalos lastimeros del *jinobán* [1] errante; ora el oboe desapacible del vendedor de *soba;* [2] ya las melifluas

---

1 Velador.
2 Macarrones.

querellas de una flauta; ya los acordes metálicos y salvajes de un *chamisén* desesperado.

Después de vagar en esta guisa fascinado por el hondo hechizo del plenilunio, hacia la media noche me encuentro solo en la calle silenciosa, contando como siempre años de tedio, apurando ajenjos de olvido, bordando áureos sueños irrealizables en las tupidas tinieblas de mi destino.

Súbito el aullido lancinante de un perro que se oye a lo lejos me llena de tristeza infinita, de una tristeza sin consuelo que de ser posible me haría aullar de desesperanza, y en la noche de lúgubre misterio, como en la noche trágica de Salomé, suena un pavoroso batir de alas que paraliza el viento, torna lívida la paz de la luna y hace enhestarse de horripilación las agujas de los pinos.

LA LETANIA DE O JARUKO SAMA

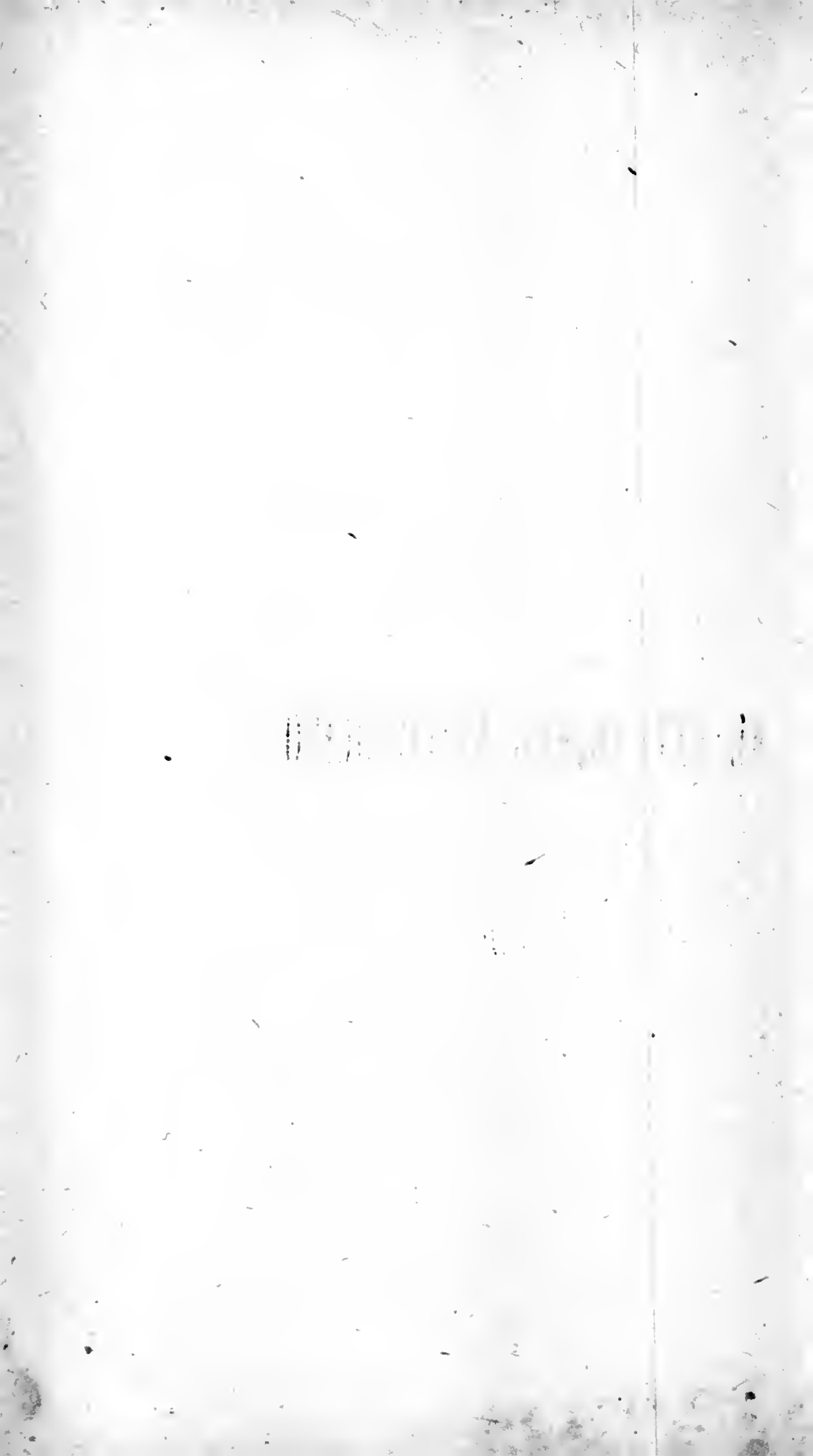
O JARUKO SAMA,
Escucha mis alabanzas.
Mariposa de alas de seda,
Revuela sobre los crisantemos de mis sueños.
Libélula de coselete de brocado,
Vibra en el aire luminoso de mi deseo.
Cerezo de abril,
Tiembla al soplo de mis caricias.
Cigarra de Nikko,
Canta la siesta de nuestro amor.
Causa de mi alegría,
Aduérmeme con la música de tus palabras.

Loto místico,
Luce en mi silencio.
Estatua de oro,
Mora en mi corazón.
Reina de Oriente,
Recibe mis homenajes.
Arca de sonrisas,
Régalame tus perlas y tus rubíes.
Amiga fiel,
Acompáñame en mi soledad.
Amante dulcísima,
Cúrame de mi tristeza.
Criatura de cabellos azules y cuello de raso y senos de sándalo y brazos de canela,
Prodígame tus ternuras.
Estrella de mis despertares,
Deleita mis ojos.
Espejo de mis ansias,
Vélate bajo mis suspiros.
Visión de opio,
Líbrame del tedio.

Vaso de Nirvana,

Ten piedad de mi existencia miserable y dame una hora de olvido.

EL EXTRANJERO DESCONOCIDO



ORA alardeen los cerezos de sus frondas encarnadinas; ora agiten las cigarras sus panderos jocundos; ya se tiñan los arces de tonos de cinabrio; ya caigan los copos de la nieve imitando plumas de celestes cigüeñas, he visto al extranjero desconocido en las calles pobladas de abigarrados *kimonos* y alegres caras de niños.

¡Oh la chiquillería regocijada de Tokio! ¡Labios sonrientes de los *akampos!* [1] ¡Carreras bulliciosas de los *kodomos!* [2] ¡Menudos andares de las *Oyo*

1 Bebés.
2 Niños.

Sama [1] de *guetas* [2] rojas guarnecidas de cascabeles!

Demasiado pobres para poseer patios donde entregarse a sus inocentes esparcimientos porque descienden de mezquinos artesanos y sórdidos comerciantes, los niños japoneses son reyes del arroyo.

Mientras la turba infantil se enseñorea de las calles, los padres trabajan en las minúsculas tiendas sin cuidarse de sus hijos, que tienen un ayo celoso en el gendarme y un solícito guardián en cada transeunte.

Mucho debe amar a los niños el extraño extranjero, porque lo he encontrado siempre en medio de sus alegres corrillos.

Marcha descalzo y destocado, tiene de oro así el pelo como la barba, y

---

1 Niñas.
2 Calzado de madera.

por su aspecto revela haber recorrido la mitad del camino de la vida.

Con la dulce mirada de sus ojos cerúleos y la inefable sonrisa de sus labios, frescos como los cerezos, acompaña a los niños en todas sus algazaras. Está con ellos en el Año Nuevo, cuando ataviados con sus *kimonos* de gala golpean el volante de plumas de gallo con la raqueta que ostenta en el dorso los retratos de afamados actores; en la primavera, cuando empinan en el aire azul sus cometas zumbantes y multicoloros, decorados con aves o caracteres chinos; en el verano, cuando esgrimiendo las flexibles pértigas untadas de liga, corren en pos de las cigarras músicas y de las esmaltadas libélulas; en el otoño, cuando se solazan bailando sus peonzas cantoras, y en el invierno, cuando marchan encaramados en sus zancos de

bambú o esculpen enormes Darmas de nieve.

Además de su porte extraordinario, la frecuencia con que lo encuentro me obliga a fraguar conjeturas sobre el misterioso extranjero, sobre su nacionalidad, sobre su vida. A juzgar por su traje no es un diplomático, y no es tampoco un viajero porque lo he visto hace muchos años. ¿Es profesor de un idioma exótico en la Escuela de Lenguas Extranjeras? ¿Es un pope ruso, un padre francés o un misionero sajón?

Un día en que lo observé de muy cerca tuve indicios de su identidad, porque mostraba en la frente marcas de sangrientas punturas y despedía suave perfume de nardo que no podía provenir sino de sus pies, de albor milagroso.

Al fin una helada mañana de di-

ciembre, en que como siempre se paseaba descalzo y destocado en medio de los hijos de los *etas*,[1] acariciando con sus cándidas manos cabecitas hirsutas y cuerpecitos astrosos, depuse la última duda que abrigaba sobre su persona, y me descubrí con veneración ante el dulce y hermoso extranjero cuya es la frase: "Dejad que los niños se acerquen a mí."

---

1 Parias.

EL PALACIO DE OTOJIME

QUÉ placer el de agitarse en el mar como en las batistas de lecho mullido! ¡Qué deleite el de bracear en la seda del agua! ¡Qué delicia la de mecerse en la hamaca de las olas de mallas esmeraldinas! ¡Qué fruición la de llenar los bronquios de aire salobre! ¡Qué encanto el de bucear viendo con ojos atónitos los peces de plata y las algas de terciopelo del ámbito submarino!

No hay que tomar más precauciones que las de esconder la cara del sol y esquivar el cuerpo del contacto de las medusas.

Después de nadar largo tiempo mar adentro acariciado por las olas, entre las que me siento más dichoso que un sultán en medio de las odaliscas de su serrallo, me siento a secar en la arena que lame el océano con mansedumbres de gozque.

Me place ver la llanura marina, lisa como el acero, inquieta como el azogue, reluciente como un espejo, azulobscura como el zafiro, glauca como el jade, cambiante como el camaleón, y nunca me canso de contemplar el vaivén de las olas.

Como es la siesta, hora en que se bañan los japoneses, la playa pulula de atezados cuerpos de bronce y de finas formas de canela, todos tocados con el rústico sombrero tejido con virutas; una que otra barca, de vela en forma de cuadrilátero, cruza perezosamente la estepa de estaño que luce

allende los dos cabos cubiertos de verde espesura que acotan la bahía; del próximo pinar de troncos inclinados por los tifones, llega el alegre sonido de las cítaras de las cigarras; jadea la resaca desperezándose en la arena; el sol hiere con sus flechas ardientes los copetes de las olas que se hunden para no reaparecer nunca, y los átomos danzan sin descanso en el espeso ambiente de plata gaseosa.

Sutil e irresistible, la somnolencia acaricia mis párpados con sus dedos de raso, y me oculta de tiempo en tiempo el viboreo de las olas.

Sin darme cuenta a qué horas salió de su cristalina morada, percibí a mi lado una enorme tortuga, al parecer de hasta ocho mil años que oreaba al sol su ceniciento carapacho guarnecido de piedras preciosas.

—La tortuga de Uráshima, me di-

je, incrustada en la forma descrita por Des Esseintes.

Como si le hubiera dirigido la palabra, volvió significativamente la cabeza hacia mí el longevo quelonio.

—Otojimé Sama, le rogué, en caso de que realmente seas la misma fabulosa princesa convertida en esta extraña tortuga; por la memoria de Uráshima, el compasivo pescador que antaño te rescató de la banda de muchachos entre cuyas manos habrías perecido sin duda, llévame aunque no sea sino una hora a tu castillo submarino.

El maravilloso animal, en respuesta, avanzó hasta mis pies invitándome a montar en su dorso gemado.

Vestido con ligera escafandra en que se trocó mi traje de baño y en la queme movía con extraordinario despejo, cabalgué en el mítico monstruo

cruzando en breves minutos inmensas soledades azules, selvas de esponjas pobladas de dragones y agrias sierras de lapizlázuli, hasta columbrar en la ladera de montaña coralífera un palacio de fábrica de jade y aremangados techos de madreperla.

Un Maestro de Ceremonias de uniforme bordado de algas sutiles con quien me dejó la misteriosa tortuga que se desvaneció de mi vista, me instó a montar en un esquife de carey impulsado por fogosos delfines.

En el centro de fantástico parque adornado con rocas de coral, descollaba el magnífico alcázar al que conducía un camino sembrado de arenas de oro acarreadas por los ríos.

El artesonado y el piso del Salón de Audiencias donde ya me esperaba tornada a su verdadera forma la Princesa, eran de ámbar, de carey con

marcos de oro los *fusumas* [1] y los *sho-yis* [2] de transparente cristal de roca.

Sentada en suave cojín de nutria delante de la fila de sus Damas de Honor, me recibió la graciosa Otojimé, en cuya diáfana frente que se cubrió de elegantes signos de *jiragana* [3] leí su saludo de bienvenida; pues en aquel encantado país de silencio, al pensar aparecen las ideas en el sitio en que reside la razón, y leyendo sus mutuos pensamientos es como conversan los interlocutores. En cuanto a las emociones, se revelan por medio de los diversos matices de que la faz se colora: la cólera, por ejemplo, tiñe de escarlata; la envidia, de amarillo; la melancolía, de azul; la alegría, de color de rosa.

---

1 Tabique corredizo.
2 Tabique corredizo de papel traslúcido.
3 Silabario.

Así la Princesa como su séquito se encontraban en cabello que caía por sus nacarados cuellos en verdes madejas, y estaban vestidas según moda muy arcaica con coruscantes *kimonos* cuya tela estaba forjada con relumbrosas escamas. En la *tokonoma* [1] resaltaba un vaso fabricado de una solar esmeralda donde lucía una solitaria estrella de mar, y se destacaban preciosos *okimonos*, [2] unos trabajados por orfebres indígenas, otros por los Nibelungos. Los objetos colocados en la *chigaidana* [3] eran de laca incrustada de perlas y de rubíes que son la sangre de los moluscos y las lágrimas de los tiburones. Los libros de pastas de madreperla estaban impresos con tinta suministrada por las jibias.

---

1 Estrado.
2 Chucherías.
3 Especie de vitrina.

De jade y oro era el servicio en que fué traída la colación compuesta de peces delicados y de algas exquisitas.

En el jardín, en vez de enjambres de mariposas y parvadas de pájaros, cruzaban cardúmenes de pescados, más hermosos que los que brillan en el acuario de Honolulú, y había paisajes de todas las estaciones: frondas de encarnados cerezos; estrellas de azáleas; racimos de moradas glicíneas; azules copas de lirios; rojos y blancos capullos de lotos; purpúreos boscajes de arces; eras de crisantemas doradas. Estos prodigios son obra de los zoófitos que al cuidado de los jardineros palatinos asumen todas las formas de la flora.

A tiempo me llevé la mano a la frente para esconder el absurdo pensamiento de que por qué no había peces espadas, ni tiburones, ni mons-

truos de este jaez, que era tan fuera de sazón, como si en el parque de Jamarikiu se me hubiera ocurrido interrogar por qué no vagan leones ni panteras, que solo hay en los jardines zoloógicos de Ueno y de Asakusa.

Bajo el baldaquino rosicler de un cerezo, sentado en un banco de crisoprasa, apreté la mano de la Princesa, que a su vez me oprimió la mía, al mismo tiempo que su cara se teñia de color de rosa.

A la hora de la despedida en la penumbrosa Sala de Audiencias, el bello semblante de la Princesa se tornó azul matizado por la melancolía.

—*Mata irashiai*, vuelva usted, me dijo por medio de los artísticos rasgos del *jiragana*, y en compañía del Maestro de Ceremonias que me dió una caja de laca de oro en nombre de la Princesa, regresé pensativo

por el mismo camino sembrado de arenas de oro y adornado con canchos de coral; monté de nuevo en el esquife de carey impulsado por raudos delfines, y colocándome en el titilante caparazón del quelonio milenario, volví a cruzar los tupidos bosques de esponjas y los inmensos desiertos azules.

Cuando me vi otra vez tendido en la tibia arena, busqué en vano la caja de laca que por descuido perdí en mi viaje submarino, y quedé mudo de estupefacción al convencerme de que no habían transcurrido al menos doscientos años, sino que me hallaba en la misma playa de Kamákura que pululaba de atezados cuerpos de bronce y de finas formas de canela, en la propia siesta de estío, con la delicia de una salamandra bebiendo el aire que caldeado por el sol se me antojaba de plata gaseosa.

EL COLOQUIO DE LOS BRONCES

En mi estudio de *fusumas* decorado con paulonias, y culminando sobre los ligeros estantes de bambú en cuyos anaqueles se alinean las obras de mis autores predilectos, se destacan dos bronces de altiva y rara belleza: el uno prestigiado por espléndida pátina verde; el otro ennoblecido por severa pátina negra. El uno de pie, cubierto con morrión de plumas de águila, vestido con suelto manto que cae en sobrios pliegues hasta sus finos tobillos, calzado con sandalias, con la pierna siniestra ligeramente avanzada para lanzar el venablo mor-

tífero, Cuauhtemotzín. El otro a caballo, protegido por macizo yelmo de largas antenas, defendido por liviana armadura de láminas superpuestas, apoyándose en los corvos estribos, el sable al cinto y rigiendo la briosa alfana que detenida súbitamente enarca el cuello y afirma las patas traseras, Masashigué. El uno enalteciendo la tragedia azteca. El otro abrillantando la epopeya nipona. Ambos autores de hazañas que ensalzan a la humanidad y que honran los siglos. Ambos glorificados en gallardas aposturas que perpetúa el bronce perdurable: Cuauhtemotzín por el inspirado cincel de Noreña; Masashigué por el arte de Kosetsu Takemura y de Setsukei Okasaki.

Cuando después de horas de intensa lectura demoro mi vista en el heroe de México, me maravillo de verlo

en medio de estampas de Utamaro y de paramentos budistas; en un ambiente con el que no armonizaría en manera alguna si no fuera por la presencia del adalid japonés, con quien debe de haber trabado relaciones y despotricar a sus anchas, a la hora en que se convierten las teteras en tejones maleantes y perpetran sus fechorías los zorros hechiceros.

Tal amistad era capricho de mi imaginación, acostumbrada a suponer los más extraños sucesos.

Por mucho tiempo no paré mientes en que ambas estatuas mudaban de sitio, atribuyendo estos cambios al talante caprichoso de mi criado, hasta un día en que noté que el bridón de Masashigué tenía tierra en las pezuñas, vestigio que coincidía con destrozos en mi jardín y que me forzó a creer, no obstante mi habitual

escepticismo, en el propio desmán de que fué culpable un caballo pintado por Takaoka.

Entonces sospeché qué eran los ruidos extraños y los susurros de voces, y malicié que los agujeros en lo *shojis* así como las marcas en los enmaderamientos de que mi criado acriminaba a los gatos y los ratones, bien podían ser obra de personas que justaban con el sable y con el venablo.

Cierta noche en que desesperado por el insomnio me levanté a buscar un libro que no encontré en mi mesa de noche, percibí vagos rumores en mi estudio donde estaba encendida la luz eléctrica, y acercándome de puntillas vi la escena más inesperada.

Dos hombres cuyos semblantes no acerté a distinguir estaban sentados el uno frontero del otro, conversando

animadamente y saboreando mis cigarros egipcios.

Movido por la cólera iba a hacer irrupción en el cuarto para increpar a los transgresores, que yo me imaginaba eran mi criado y mi cocinero, cuando advertí que los bronces no estaban en los estantes y oí pisadas en el jardín.

Repuesto del choque nervioso que me produjo lo imprevisto del cuadro, que el cuadro mismo no me revelaba nada extraordinario, supuesto que tanto Cuauhtemotzín como Masashigué son inmortales, tuve una reacción de hilaridad, porque despojados de sus arreos guerreros, los dos grandes hombres casi provocaron mi risa, en la que no prorrumpí por la curiosidad de descubrir en qué idioma se entendían, porque Masashigué no poseía sin duda ni el azteca ni el espa-

ñol, y Cuauhtemotzín no conocía de fijo ni los rudimentos de la lengua japonesa que sirven para mandar a los criados, charlar con las *musmés* y regatear en las tiendas de curiosidades.

Departían en inglés, lo cual me pareció extravagante y luego muy natural, recordando que este idioma es el más familiar en el oriente:

Cuauhtemotzín. Hazañoso Masashigué, no sé hasta que punto sea un bien el don de la inmortalidad que poseemos, porque siendo testigos de la marcha de la historia, cada vez que aflige un mal a la humanidad y particularmente a nuestra patria, somos presas del dolor, sobre todo porque no nos es dable poner ningún remedio. Las desgracias que México padece me producen una tortura más viva que las llamas de Cortés.

Masashigué. ¿Has recibido acaso malas noticias, valiente Cuahutemotzín?

Cuauhtemotzín. Las tengo tan malas que he desistido de la lectura de los periódicos. Dichoso tú, Masashigué, que asististe a la restauración del Mikado y viste tremolar el oriflama del sol en magníficas epopeyas. Feliz porque tu raza forma un todo homogéneo desde Karafuto hasta Shikoku y porque el patriotismo late en cada uno de los glóbulos de su sangre. Afortunado porque tu imperio no tiene más vecino que el océano que le sirve de baluarte.

Masashigué. No ves sino el lado glorioso de mi patria que tuvo también sus años de Onín. Te figuras que soy feliz porque ignoras cuánto me atormenta ver al Dai Nipón comprando su grandeza con sacrificios. Yo

también sufro porque mi pueblo pierde su patriarcal sencillez y se aherroja con nuevas necesidades. Me irrita que el arte exquisito se convierta en quincalla para los trotamundos y me subleva que los *bushis*[1] no tengan más móvil que la codicia. Tu patria que ahora está sometida a una dura ordalía ha disfrutado de eras gloriosas y me interesa tu pueblo desde que me dijiste que se parece al mío.

Cuauhtemotzín. Es tan inculto . . .

Masashigué. El Gran Medji Tenno quiso que en su Imperio no hubiera ignorantes, y los japoneses buscan el saber con el mismo afán con que antaño los aventureros buscaban el oro. Pero el Dai Nipón cuenta con milenios de existencia y Mekishiko tiene solamente pocos siglos de vida. Ya

---

1 Caballeros

hablaremos del brillante destino a que llegue en épocas venideras. Tu ejemplo, paladín del denuedo, servirá siempre de estímulo a los mexicanos.

Cuauhtemotzín. Tus palabras, espejo de fidelidad, caen en mi corazón como gotas de lluvia en la tierra calcinada por las siestas de Julio. Tú y yo somos amigos, a pesar de la prensa cavilosa que impide el acercamiento de nuestros pueblos, y nos reímos de los periódicos suspicaces que han forjado una alianza entre nuestros países. El Japón no obtendría ninguna ventaja en unirse con México, y México no sería más grande por ser aliado del Japón. Si Tenochtitlán ha de ser fuerte lo será con sus propios recursos y no con la armada y las huestes de Cipango.

Masashigué. Plegue a los Kamis

que tu pensamiento sea el de todos los mexicanos.

Cuauhtemotzín. Ojalá que nuestros dos pueblos sean como nosotros sinceros amigos.

Cruzadas estas últimas frases, ambos héroes callaron, aunque revelaban por su actitud que seguían comunicándose en silencio.

En cuanto a mí, la hilaridad que sentí al sorprenderlos en tan inusitada guisa se había trocado en la emoción que se experimenta delante del heroísmo.

Los ojos negros de Cuauhtemotzín lucían como obsidianas pulidas, en tanto que las miradas de Masashigué destellaban serenas y puras como las hojas de Masamune.

EL SUPLICIO DE MONA LISA

MILAGRO de la Pintura, perla del Louvre, hechizando e inquietando al mismo tiempo con su mirada misteriosa y su sonrisa impenetrable, la Gioconda es la joya más rara del famoso *Salón Carré*, donde sobresale en medio de cuadros del más puro abolengo artístico: de los Rafaeles, de los Tizianos, de los Murillos, de los Rembrands y de los Van Dycks.

La enigmática Mona Lisa aparece con la cabeza imperceptiblemente vuelta hacia el lado derecho; cruzadas a la altura del talle las manos

próceres que descuellan sobre el vestido cuyos colores sombríos eran invento de Leonardo; el sedoso pelo, partido en mitad de la frente, cae ocultando los hombros aunque marcando su graciosa curva; sus ojos atrayentes y sus labios serpentinos irradian animados por inescrutable sonrisa que destila la miel de la dulce promesa a la par que asesta el dardo de la burla sutil. En un fondo de aguas serenas y de acantilados imprecisos campea su figura de vagos contornos y de sombras suavizadas, cuyos efectos encontraba el portentoso artista pintando a la luz amortiguada de las bujías.

El Rey Caballero le tributó su regia admiración; las áureas plumas de Vasari, de Théophile Gautier y de Walter Pater la alabaron en cláusulas de eterna belleza; los museos más

célebres la codician para una de sus galerías; los millonarios aficionados la desean en uno de sus salones; enjambres de enamorados languidecen quejándose de su coquetería, y turbas de pintores pugnan en vano por reproducir su misterioso atractivo.

Nunca fué más sentida la muerte de una reina que la desaparición de Mona Lisa de su palacio del Louvre. Ninguna nueva como la de su hallazgo causó igual regocijo.

El Conde Vladimiro Zobief era un gran señor ruso que derrochaba en París las sumas fabulosas que le producían sus minas de Siberia.

Al refinamiento de los polacos adunaba la barbarie de los tártaros.

En su residencia de los Campos Elíseos, unas veces organizaba saraos presididos por la mujer del Embajador de todas las Rusias, durante los

cuales divertía a las damas parisienses con los fuegos de artificio de su conversación o las deleitaba tocando en el piano inquietantes improvisaciones, en tanto que otras veces agasajaba a sus amigos con comidas en que imperaban el caviar, el vodka y el champagne, y se prolongaban hasta el alba que los sorprendía entorpecidos por la borrachera. Con el gusto exquisito de un conocedor compraba artísticas chucherías y lo fascinaban los colores vistosos como a los salvajes. Ocasiones había en que era arrastrado por desordenada concupiscencia, y ocasiones en que pasaba las veladas escribiendo cartas platónicas a su novia moscovita.

Al cabo de poco tiempo fué presa de una preocupación cuya causa nadie comprendía, y que no lograban disipar ni sus triunfos mundanos, ni

el vértigo del baccará, ni el fuego del vodka, ni los encantos de las más elegantes cortesanas. No era capaz de impartirle consuelo ni su piano de nervios sonoros donde daba vado a todas las rarezas de su paradójico temperamento. Quizás lo atormentaba un amor contrariado. Tal vez sentía la nostalgia del Neva. Probablemente lo ensombrecía el tedio de poseer todo.

Después de despedir al último de sus invitados una noche en que había dado un espléndido baile, penetró en su estudio enriquecido con libros preciosos, tibores chinos y tapetes turquescos. Allí, arrellanándose en un sillón forrado de artístico guadamacil, permaneció pensativo arrojando al aire las hélices azules de su pitillo del Cairo.

No pensaba en ninguna de las her-

mosas damas que habían abrillantado sus salones ni recordaba ninguna de las anécdotas contadas por sus huéspedes con parisiense agudeza.

Pidió al copero una botella de champagne y al quedar solo cerró sigilosamente la puerta. Después de apurar varias cañas del líquido burbujeante, corrió uno de los tisúes de oro mortecino con que estaban tapizados los muros y descubrió un cuadro de la Gioconda.

Con los ojos y el gesto de un alucinado así se dirigió entonces a Mona Lisa:

—Quiero que seas mía, tan mía como lo fuiste de Francisco del Giocondo.

Deseo palpar la seda de tus luctuosos cabellos; ansío verme en las lagunas encantadas de tus ojos; codicio poseer tu boca alucinante; anhelo des-

fallecer acariciado por tus manos principescas.

Si te tienta el lujo yo te daré estolas de zorros plateados; collares de perlas de Ceilán; esmeraldas de Colombia; zafiros de Cachemira; rubíes de Burma; diamantes del Brasil; jades de Kwen Lung; turquesas de Visapur; ópalos de México y alejandritas de Eskaterimburgo; carruajes tirados por caballos ingleses; automóviles como salones ambulantes; lebreles rusos de hocico aguzado; perros japoneses de pelo de seda y falderos de Chihuahua que escondas en tu manguito de chinchilla; hoteles de salones ajuareados con muebles de París y tapizados con alfombras de Persia; yates adornados como palacios y un libro de cheques para realizar todos tus caprichos.

Amame y caminarás sobre las al-

catifas de mis respetos; serás la depositaria de mis ansias y respirarás en el ambiente de mis ternuras.

Después prosiguió cambiando de acento:

—Pero, ¿por qué me respondes solamente con tu mirada malévola y tu sonrisa burlona? Estás a mi merced, y si quiero, tengo resolución para desgarrarte en girones o para convertirte en cenizas. ¿No te seducen mis promesas? ¿No te ablandan mis ruegos? ¿No temes mi resentimiento?

Eres fría como el agua y dura como los cantiles que se esfuman a tu espalda.

No muestras los pies por ser mitad pescado como las nereidas o en parte serpiente como Melusina. Tu sonrisa asedia las almas con la persistencia de un remordimiento, y tus manos, como las de la Tofana, deben compo-

ner filtros que produzcan misteriosamente la muerte o enciendan el fuego que ardía en las venas de Tristán. Durante cuatro años, Leonardo de Vinci te pintó con su mano izquierda que era hada usando pinceles brujos y pigmentos envenenados. Quizá ni eres obra suya, pues que permanecía ocioso delante de sus cuadros, sino del diablo que te forjó con colores del infierno, lo mismo que el Cenáculo que por eso muestra incompleta la figura de Cristo.

Pero yo no causarás más torturas con tus demoniacos hechizos ni sacrificarás más holocaustos a tu diabólica coquetería.

Cuando terminó su incongruente discurso el Conde Vladimiro Zobief que sin duda estaba ébrio, arrojó en la enorme chimenea el óleo de la Gioconda, se sirvió otra caña de cham-

pagne y oyendo churriar el aceite de la tela permaneció contemplando su obra nefanda hasta caer desplomado a la vera del fuego.

En el semblante de Mona Lisa, devorado por las llamas purpúreas, brillaba la misma enigmática sonrisa con que escuchaba, cuando era pintada por Leonardo, la orquesta de flautas y de tiorbas que para embelesarla tañía escondida en el parque del Giocondo.

JARDIN ZOOLOGICO

Como no tuviera nada qué hacer aquel día después del almuerzo, se me ocurrió ir al Jardín Zoológico, donde la turba de ánima infantil, agrupada enfrente de los cubiles de rejas de hierro, admira a las fieras que se debaten sin reposo o se mantienen inmóviles echando de menos la magnífica libertad de la selva.

Pero antes de partir le pedí a mi criado otra taza de café negro.

Mientras paladeaba el néctar azabachado, reparé en que el parque de Ueno estaba muy lejos y era por demás cómodo mi diván abrumado de

libros y de cojines, donde arrellanado sibaríticamente me dí a imaginar, posando los ojos en una coruscante estofa china sembrada de dragones, y avivando mi fantasía con el obscuro y aromático estimulante.

En el apolíneo parque de laureles de inmarcecibles hojas maqueadas por los rayos febeos y calles espolvoreadas de alabastro, culminando en medio de aterciopelados pradales, se yerguen las estatuas de mármol de los poetas sobre zócalos de pórfido sangriento y de granito color de rosa, y murmura el agua castálida formando cristalinos abalorios al caer sobre riscos de lóbregos basaltos.

Una esfinge guarda la pesada puerta de bronce en cuyos batientes están esculpidos en altorrelieve batallas de Homero y visiones de Dante.

El monstruo de cabeza de mujer y

cuerpo de león que solo franquea los umbrales a quien contesta satisfactoriamente a sus preguntas, clavó en mí sus ojos preñados de arcanos, y no sé si porque estaba de buen humor o por pereza de pensar porque estaba ahito de misterios, me puso el mismo enigma que a Edipo. Al oír mi respuesta lanzó un prolongado bostezo que mostraba el fastidio de un sér que ha vivido más de seis mil años, y cediéndome el paso, se extendió con negligencia en el pórtico solado con teselas de ónices y de jaspes.

Los concurrentes a aquel extraño bestiario son artistas pensativos y silenciosos que no encontrando en la naturaleza modelos que satisfagan su gusto exquisito, concurren allí por espíritu de estudio a buscar sugestiones para alindar los surtidores de las fuentes, las bocas de los arcaduces, las

cariátides de las fachadas, las piernas de los sillones, los brazos de las cornucopias, los marcos de las chimeneas, los broches de los libros, los contornos de las alhajas, el manto del verbo y el ropaje de las estrofas.

Una pareja de toros asirios se paseaba solemnemente entreabriendo sus alas robustas y galleando sus graves cabezas de hombre de barbas anilladas.

El cuello arqueado y el ojo vivo, bebiendo el aire con sus palpitantes ollares y agitando sus alas de águila, piafaba el Pegaso con impaciencia en espera del bizarro ginete que lo rigiera con las bridas de oro. Un centauro melómano pellizcaba su lira septicorde en tanto que un sátiro velludo tañía su zampoña de carrizos.

El Cancerbero de cuerpo de mastín que trajó Hércules del infierno, latía

furiosamente mostrando las fauces de sus tres cabezas de buldog, y el minotauro rumiaba con cachaza su festín de doncellas y de adolescentes. Mientras una quimera aleteaba sin tregua, un baku japonés de cabeza de león, cuerpo de caballo, cola de toro y un cuerno de rinoceronte en la frente, devoraba los restos de una pesadilla. El unicornio daba rienda suelta a su ferocidad que solo se apacigua delante de las vírgenes.

La salamandra que vió Benvenuto Cellini se desperezaba entre las llamas, mientras que el basilisco que es el rey de los ofidios, se mantenía con la cabeza tapada con una caperuza para no dar la muerte con la vista. Entre las lamias que participan de la naturaleza del dragón, se encontraba una mujer de rara hermosura, cuya presencia entre los animales solo pude

explicarme pensando en Melusina que se torna mitad serpiente los viernes.

Las famélicas arpías se devoraban entre sí como si quisieran devorarse; un fénix de maravilloso plumaje que cumplía quinientos años preparaba su pira de perfumes para morir y tornar a la vida, y echado en su nido de metales preciosos se encontraba un grifo de la India que pone huevos de ágata y rastrea los tesoros más ocultos.

En el acuario hacía bullir el agua el leviatán de férreas escamas y fauces humeantes dejando descubiertas las filas de sus dientes terribles; los monstruos Syla y Caribdis estaban como en acecho de descuidadas trirremes; viboreaba el dragón que vuelve invulnerable a quien se bana en su sangre; iba y venía el samebito de

cabeza de hombre que llora rubíes; braceaban los tritones a la zaga de las nereidas y tañían sus liras de cristal las seductoras nereidas de brazos alabastrados.

Súbito el aire se estremeció agitado por agudos baladros, vibrantes relinchos y frémitos amenazadores. Unas fieras gritaban; otras gañían; otras lanzaban resoplidos; estas bufaban y aquellas asobiaban; cuáles latían y cuáles cloqueaban, debatiéndose hambrientas en espera de los domadores, que le llevaran al minotauro su pitanza de carne humana; al leviatán barras de acero; a Caribdis y Syla tablas de navío; al grifo tejos de oro; al fénix granos de mirra; al baku su cena de pesadillas y a la esfinge su ración de misterios.

INDICE

	Págs.
EL DESENCANTO DE DULCINEA	7
POR LOS OJOS	25
LA CABELLERA	35
EL SOLILOQUIO DEL ESPEJO	47
LA PROCESIÓN DE LAS OLAS	57
NOCTURNO	67
LA LETANÍA DE O JÁRUKO SAMA	73
EL EXTRANJERO DESCONOCIDO	79
EL PALACIO DE OTOJIMÉ	87
EL COLOQUIO DE LOS BRONCES	99
EL SUPLICIO DE MONA LISA	111
JARDÍN ZOOLÓGICO	123